

The background of the cover is a vibrant, painterly illustration of a woman with long brown hair, wearing a blue patterned top and a green skirt, sitting in a large, ornate red armchair. She is holding an open book, and a small, glowing blue magical spark emanates from it. A ginger and white cat is curled up on the chair next to her. The room is filled with books; some are on shelves to the right, and others are stacked on the floor. A large, arched window in the background lets in warm, golden light. A small potted plant hangs from the ceiling. The entire scene is framed by a decorative gold border with blue gem-like accents at the corners. The title 'HECHIZADA ENTRE LIBROS' is written in a large, white, stylized serif font across the middle. Above it, the author's name 'AMY COOMBE' is in a smaller, white, serif font. Below the title, there is a line of text in Spanish: 'Una maldición, siete príncipes y una librería de la que nunca querrás salir...'. At the bottom, the publisher's name 'GRANTRAVESÍA' is written in a white, sans-serif font.

AMY COOMBE

HECHIZADA ENTRE LIBROS

Una maldición, siete príncipes y una librería
de la que nunca querrás salir...

GRANTRAVESÍA

HECHIZADA ENTRE LIBROS

GRANTRAVESÍA

AMY COOMBE

HECHIZADA ENTRE LIBROS

Traducción de Táibele Ha'

GRANTRAVESÍA

HECHIZADA ENTRE LIBROS

Título original: *Stay for a Spell*

© 2026, A. C. Perry

Traducción: Táibele Ha'

Ilustración de portada: Jessica Liu

Diseño de portada: Katie Anderson

Fotografía de la autora: Charlotte Knee Photography

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.

C/ Calabria, 168-174 – Escalera B – Entlo. 2ª

08015 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2026

ISBN: 979-13-991155-1-2

Depósito legal: B 14415-2026

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9006035010726

*Para mamá,
quien nunca olvida a su Carlomagno*



Ninguna victoria en batalla —ni siquiera la derrota de tu mayor enemigo, tras reducir sus huesos a polvo bajo tu talón— se puede comparar con los apacibles placeres que ofrece una acogedora librería.

—BEULAH ROMPEHUESOS

CAPÍTULO 1



Tengo la suficiente autoridad para afirmar que muchas niñas sueñan con ser princesas: las coronas, los vestidos, los jardines encantados, los bailes reales y la vida, bueno, *mágica*.

Como una princesa de verdad —Tanadelle de Courcy oficialmente, Tandy para mis amigos y según mi madre, ligeramente irritante—, puedo decirte que pasé mi infancia soñando con *no* ser una princesa: sin coronas que se deslizaran desde mi cabeza o se enredaran en mi cabello; con jardines normales para jugar, no atestados de flores gigantes y hadas irritables (¿sabías que muerden?); con bailes campestres en lugar de bailes reales, que, si te soy sincera, son bastante aburridos, ya que tienes que estar de pie en una fila y estrechar la mano de todos los invitados durante las primeras cuatro horas, para luego bailar con una interminable sucesión de jefes de Estado que te pisan los pies y te preguntan qué opinan *realmente* tus padres reales sobre el nuevo acuerdo comercial... y eso si tienes la edad suficiente para que te permitan asistir. A diferencia de los cuentos, los príncipes jóvenes y apuestos y los misteriosos desconocidos son pocos, y no aparecen con frecuencia en un baile real normal. Sí me gusta la ropa, debo

admitirlo: los enormes vestidos en toda la gama de colores del arcoíris, confeccionados con telas increíbles, decorados por los artesanos más hábiles del mundo moderno, rebosantes de gemas y bordados perfectos y detallados... Sí, eso sí me gusta. Por supuesto, también me agrada ponerme unos pantalones y correr libremente. No he podido hacerlo mucho en los últimos tiempos, pero al menos puedo recordarlo con cariño de vez en cuando.

En términos generales, la vida de una princesa no es emocionante en realidad. Es, de hecho, aburrida.

Muy aburrida.

Me paso la mayor parte del año en carruajes, yendo de pueblo en pueblo, haciendo cosas como colocar primeras piedras, dedicar fuentes e inaugurar oficialmente parques locales. Asistiendo a largas —muy largas— cenas. Cortando cintas. Besando bebés (eso tampoco me molesta). La única y auténtica ventaja es que tengo mucho tiempo libre para leer.

Así es como me encuentro en Pequeño Tupelo, un pequeño pueblo a las afueras de Rinconete, uno de los condados más remotos de mi país. Rinconete, como su nombre lo sugiere, está repleto de hondonadas, grietas y espectaculares salientes rocosos, entre exuberantes colinas verdes, y esas colinas están cubiertas de ovejas adorables y esponjosas. Pequeño Tupelo es igual de encantador; la piedra local es de un color amarillo mantequilla que, por raro que parezca, se vuelve rosada si se quema, por eso los canteros locales queman la mitad de su producción y el pueblo está lleno de edificios construidos con piedras de suaves tonos pastel. En una palabra, es adorable. Gran Tupelo, que se encuentra al otro lado del Desfiladero del Tupelo, tiene menos encanto, dado que es más grande y bullicioso. Pero Pequeño Tupelo es tan lindo y pacífico como pueda imaginarse.

Como sea, Pequeño Tupelo acaba de reconstruir su plaza del mercado y he sido enviada como representante de la familia real para inaugurar oficialmente este nuevo espacio público destinado a mejorar la vida moderna, o algo así. Es una más de una larga serie de apariciones reales que tengo programadas para el próximo mes, tras cinco meses de hacer lo mismo. He inaugurado un cementerio; he colocado cuatro primeras piedras; he dado mi bendición real a una nueva catedral, tres templos y un joven árbol sagrado, y he inspeccionado a un potrillo de unicornio (los unicornios, al ser raros, son propiedad de la Corona, por lo que cualquier unicornio recién nacido debe ser inspeccionado por algún miembro de la realeza; ésta es otra de mis tareas favoritas).

Así es como llego a Pequeño Tupelo, en un día fresco y nublado de finales de verano, en mi carruaje tirado por cuatro corceles grises perfectamente emparejados, con unos cuantos baúles llenos de mis vestidos de gala atados en la parte trasera, y mi secretaria, Rosamiel, garabateando sin parar en su libro de cuentas... Y yo, en la última página del último libro de la pila que tendría que haber sido suficiente para todo el viaje.

Es evidente que no hice bien mis maletas.

Cierro el libro, suspiro y corro la cortina para mirar con nostalgia por la ventana. No sé muy bien qué estoy mirando. Quizás una vida en la que no esté viajando durante treinta semanas al año.

Frente a mí, Rosamiel se aclara la garganta y empieza a hablar.

—Pequeño Tupelo fue fundado hace unos setecientos cincuenta años, más o menos, por una familia de Gran Tupelo que se indignó por el precio de la cebada que vendía su tendero local, y decidió segregarse —dice.

Ése es el trabajo de Rosamiel: informarse sobre los lugares a los que vamos y proporcionarme datos útiles que pueda yo mencionar en la conversación con el alcalde, después de terminar de cortar cintas durante el día. También me apremia para que yo escriba mis discursos y luego critica mis correcciones.

—Cebada —repito.

—Cebada —dice Rosamiel, sin levantar la vista de su expediente—. Por desgracia, el suelo de esta zona no es especialmente propicio para el cultivo de cebada, pero la familia, los Samish'et, tenía ovejas como un negocio secundario, y descubrió que la zona era, y sigue siendo, excelente para el pastoreo.

—No veo ninguna oveja —comento, en un triste intento de hacer un chiste.

Las colinas están literalmente repletas de ovejas. Una oveja cercana bala con fuerza después de mi mal chiste. Rosamiel me lanza una mirada asesina y vuelve a su expediente.

—Los descendientes de aquellos colonos Samish'et siguen viviendo hoy en día en Pequeño Tupelo; son dracónidos, por lo que la población de este pueblo tiene una proporción de dracónidos más alta en comparación con el resto del reino. Esto es... veamos... —Pasa una página—: Un veinte por ciento de dracónidos, un doce por ciento de hadas, un cuarenta por ciento de enanos, un dieciocho por ciento de humanos y un diez por ciento de otros seres. ¡Oh, y también hay una aberración espeluznante! —Sonríe con un poco de ternura. Rosamiel ha tenido siempre cierta debilidad por las personas poco comunes—. Conocerás a la alcaldesa, Sideran Samish'et, a su esposo, a su diputada...

Rosamiel sigue hablando, enumerando los nombres y ocupaciones de la gente importante del pueblo, y sé que yo tendría que estar prestándole atención, pero no consigo concentrarme.

El libro que acabo de terminar era una novela romántica sobre una pastora y un pirata avaro, y esas hermosas colinas verdes parecen un lugar glorioso para retozar, rodeada de ovejas, soñando con piratas avaros... Sea lo que sea un pirata avaro. Algo sobre un barco hechizado para volar, aunque los detalles eran confusos.

—La economía local gira en torno a la cría de ovejas y la extracción de piedra —continúa Rosamiel, y yo aparto mi atención de las hermosas colinas verdes y trato de concentrarme en lo que me está diciendo.

—... es un pueblo amigable, conocido por sus peculiares tiendas, su población diversa y sus hermosos paisajes, así como por las famosas piedras amarillas y rosas —continúa, y yo me vuelvo a desconectar.

Todos los pueblos por los que he pasado últimamente son más o menos iguales. Salvo por las piedras amarillas y rosas.

Ahora estamos atravesando el centro del pueblo, y dejo que mi mirada se pose en los edificios de piedra rosa y amarilla. Parece que sí hay varias tiendas peculiares: la Tienda de Frutas y Verduras de Madam Milligan; una tienda que, al parecer, vende ropa de bebé; una cafetería con una apetecible rebanada de pastel pintada en su letrero; una librería...

Una librería.

—Espera, espera —digo con voz chillona—. ¡Detened el carruaje!

Rosamiel me lanza una mirada fulminante y luego tira del cordón de la campana; oigo su débil tintineo en el exterior, junto al cochero, y el carruaje disminuye el paso hasta detenerse.

—Una librería —afirmo, sonriendo—. ¡Hay una librería! ¡Justo ahí!

—Sólo tenemos una hora antes de la inauguración, su alteza —me amonesta Rosamiel con voz severa.

A pesar de que la conozco desde hace una década, se niega a llamarme por mi nombre cuando cree que estoy actuando en contra de mis deberes reales. Como ahora, al parecer. Pero necesito un libro. En verdad, necesito un libro nuevo.

—Acabo de terminar éste —digo, agitando mi última lectura ante ella como si eso enfatizara mi desesperación—. Sólo entraré corriendo y tomaré algo para entretenerme hasta...

—Crofar —añade Rosamiel—. Mañana. Vas a inaugurar el nuevo puente que han construido.

—Crofar —asiento—. ¡Sólo *un* libro!

Rosamiel suspira.

—No hace falta que vengas —añado.

Ella pone los ojos en blanco. Por supuesto que tiene que venir. Se supone que yo no debo manejar dinero. Es decir, tengo prohibido por ley manejar dinero. Rosamiel lleva mi bolso y compra lo que sea que yo quiera siguiendo mis instrucciones, de manera que ninguna moneda pase por mis manos.

Por supuesto, se trata de una norma inmensamente estúpida, y tengo pensado hacer algo al respecto cuando mis padres decidan finalmente abdicar y pasar la corona a mi hermana mayor. Siempre existe la posibilidad de que ocurra lo peor, y mi hermana se vuelva por completo loca y renuncie a la corona, dejándome a mí en el trono... pero no, ella *nunca* haría algo así. Ha deseado tomar el relevo desde el momento en que nació. Sin embargo, si yo *llegara* a convertirme en regente, cambiaría la ley. Es en extremo inconveniente, por no mencionar que es terriblemente anticuada. El príncipe heredero de Corscania cría sus propias ovejas y vende la lana en puestos que él mismo administra en los mercados locales, por

el amor de Dios. Si *él* puede manejar el dinero, seguro que *yo* también puedo.

—Diez minutos —dice Rosamiel.

—¡Oh, Rosamiel, *gracias!* —empujo la puerta sin esperar a que el lacayo lo haga por mí y salto a la calle adoquinada, salpicando ligeramente. Por supuesto, llovió antes y estoy de pie justo en un charco. Bueno, no importa; de todos modos, vengo con mi ropa de viaje y tendré tiempo de cambiarme antes de que inaugure el mercado, más tarde. Incluso con una parada rápida en una librería.

Salto por los adoquines sin esperar a Rosamiel, pongo la mano en el picaporte e inhalo profundamente. Las librerías son los únicos lugares en todo el reino que prometen algo más que aburridas conversaciones sobre economía y política local, o cualquier otra cosa en la que se supone que yo debería estar pensando.

Los libros te prometen que tu vida puede cambiar en un instante. ¿Y las librerías? Las librerías ofrecen refugio, un hogar lejos de casa. No importa qué tan lejos viajes, siempre puedes encontrar un pedacito de tu hogar dentro de una librería.